

REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

BULGARIA ES ASI

Carta de Londres

LA VANIDAD PRIMERA JORNADA EN SOFIA

Las cosas de la semana

Ultima columna

El manantial

He aquí una de las fundamentales fuerzas que mueven a los hombres en la vida para hacer grandes realizaciones.

No digo nada de las mujeres, porque, en las mujeres, quizá es la vanidad lo que las hace más agradables. Por vanidad realizan las empresas más deliciosas, y como en muchos casos tienen motivos para ejercitarse en esta pasión, que excita la envidia de las rivales, y el celo de los admiradores, nadie tiene derecho a reprochar a una mujer que se recree en las delicias de la vanidad. ¿Qué harían, si no fuese por la vanidad de las mujeres, los grandes modistos, los manipuladores de pieles, los joyeros, los perfumistas...? ¿Qué los empresarios de teatros, que siempre tendrían los palcos vacíos? ¿Qué los novelistas del alto mundo, que gracias a la vanidad de las mujeres tienen, de una parte, lectoras, y de otra, motivos para hacer descripciones sumarias?

La vanidad de los hombres, en cambio, carece en absoluto de poesía. Diríamos que es una deshonra del sexo. Además, un hombre vanidoso se parece extraordinariamente a una mujer. Pero la vanidad masculina actúa en un campo diferente. Mientras la mujer se conforma con ser admirada y envidiada, el hombre desea difusión y publicidad para su nombre y para sus obras. De ahí la sugestión que, para la vanidad masculina, tiene la letra de molde. Los que hemos trabajado en los periódicos durante mucho tiempo, nos hemos visto asaltados por los pedigríes de publicidad. Nadie es tan cándido que se le ocurra pedir dinero a un periodista, mas unas líneas de elogio son muy pocos los que se suscriben a la tentación de pedirlos. Y cuando, no se ha hecho nada que merezca la pena de hablar de ello, la simple enunciación del nombre.

Mas entre todos los especialistas de la vanidad, ninguno cede en celo y exaltación a los artistas de teatro. Casi podríamos decir que el teatro es el templo de la vanidad. Por esto, sin duda, los críticos de teatro, cuando llegan al juicio de la interpretación, suelen estereotipar frases de elogio, para no producir agravios irremediables. Problema más ardua tienen los empresarios para determinar el color de la tinta y el tamaño de la letra que ha de corresponder a un nombre.

Un humorista francés, glosando el tema de la vanidad de los cómicos, relata la siguiente anécdota. Un viejo actor entra en un café con un periódico entre las manos y el rostro muy afligido. Un amigo se acerca a él y le pregunta: «¿Qué te ocurre que has sustituido tu habitual jovialidad por un gesto de tristeza?» A lo que el actor responde: «Que se ha muerto un primo segundo mío. ¿Le querías mucho, sin duda. ¿Muertaba a sostener tu casa, era como un hermano para tí?» «Nada de eso —replica el actor—; ni le conocía siquiera. Ha muerto allá, lejos, en una provincia. Pero es el caso que acabo de leer su eskuela en este periódico, y los muy idiotas han puesto mi nombre en el último lugar».

FRANCISCO DE COSSIO

Trabajadores españoles en Alemania

Los obreros españoles son muy queridos en el país

En las grandes empresas, es mayor el índice de faltas por enfermedad entre los alemanes que entre los españoles

Por parte de Alemania se respetan, en general, los acuerdos de igualdad de trato para los obreros nacionales y los extranjeros, y los contratos se cumplen también con bastante celo. Ello no excluye que alguna vez se planteen dificultades, por abusos de los alemanes o por incumplimientos de trabajadores españoles; estas diferencias se saldan respetando más al más fuerte.

Jauja, Recuerdo que, hace unos meses, se presentó a un amigo mío, español, aquí, en Bonn, un señor que había sido vigilante nocturno de una pequeña empresa del Sur de España. El antiguo sereno había pedido dinero prestado para hacer el viaje y había dejado en la provincia de Murcia una familia de mujer y once hijos, a la que ya hoy envía regularmente dinero. Este buen hombre, con más de cuarenta años, no tenía oficio ni beneficio; sin saber alemán, sin un contrato, mi amigo se vió y se desató para conseguir un empleo de peón; yo sé bien que no fue fácil. Los empresarios alemanes intentaron firmarle un contrato de no muy ventajosas condiciones, para varios meses. Después, ya las ofrecieron mejores y en la actualidad está cobrando, incluso, la ayuda familiar, que, unida a la parte de su sueldo que manda a España, permite que la familia viva con una holgura económica que, seguramente, no había conocido hasta ahora. Este hombre, de apariencia más bien débil, de aspecto tímido y que al primer golpe de vista no parece, en absoluto, llamado para grandes empresas, debe el triunfo al celo que desde un principio puso en su trabajo, al interés con que se dedicó a ser útil, a aplicarse a todo lo que fue-

se necesario y a pasar cuantas horas le permitieran y pagaran en el trabajo irrisignificante que le asignaron en la fábrica, porque no sabía hacer otro. ¡Lástima que este hombre haya adquirido la conciencia de lo que es y representa el trabajo, después de cumplir los cuarenta años y de haber traído once hijos al mundo!

Este comportamiento del antiguo vigilante nocturno es el que marca la pauta de las condiciones humanas de los emigrados españoles. Existe en ellos una responsabilidad de trabajo, una conciencia del deber, un afán de superación y un orgullo patriótico de dejar a España en un lugar muy alto, que hace de nuestros trabajadores unos hombres muy difíciles, a veces, de identificar con ciertos obreros españoles en España, en los que, lamentablemente, no siempre se encuentran las condiciones que acabo de enumerar.

Comparado con el carácter alemán, el español es simpático, servicial e invitador, tres cualidades muy apreciadas por los alemanes que tienen contacto con los obreros españoles. El español, que ha venido aquí a ganar honradamente su salario, se esfuerza y rinde en el trabajo.

A pesar de que la diferencia de clima les es desfavorable, en las grandes empresas alemanas con trabajadores españoles, se registró en el pasado invierno un índice superior de faltas por enfermedad entre los obreros alemanes que entre los españoles.

Y, ya que ha salido el tema de las enfermedades, no quiero omitir el buen trato que han recibido los obreros españoles que aquí han necesitado cuidados sanitarios. Se les han facilitado siempre las prestaciones médicas, por importantes que fuesen y por poca antigüedad que tuviera el obrero en Alemania. No conozco ningún caso en que haya sido desatendido y se, en cambio, de muchos, no sólo de accidentes de trabajo, sino de enfermedades manifestadas a poco de llegar (quizás, contradas antes de partir), donde no se han ahorrado medios para reparar, en lo posible, el daño, hasta el completo restablecimiento. JOSE V. COLCHERO

En la antigüedad ya existían los concursos de belleza

Una vez más hay que admitir que no hay nada nuevo bajo el sol. Después de las seal-girls antiguas, he aquí que se acaban de descubrir, en Jordania, unos frescos que prueban que los concursos de belleza no son una creación contemporánea. En una de las placas descubiertas puede verse una teoría de muchachas jóvenes vestidas con trajes cortos, disfrazando unos juergues con el hombro derecho descubierta y exhibiendo hasta la rodilla la pierna izquierda desnuda. En otra placa, sobre el juez más anciano se encuentra una corona de laurel en la cabeza de la triunfadora.

Emprendemos nuestro viaje, largo viaje aun realizado en avión, saliendo una mañana del magnifico aeropuerto de Oely (Paris) en un birreactor de Air France, el modelo «Caravelle», que vuela a 800 kilómetros por hora y que constituye hoy día uno de los aviones más cotizados en el mundo. Hicimos «tapas» en Munich, Viena y Belgrado. En Munich, con el tiempo suficiente para poder escribir unas postales y beber la clásica cerveza negra, tan sabrosa y excelente; en Viena, para comer y poder adquirir las miniaturas típicas y los famosos pasteles de sabroso yantar, y en Belgrado, para repostar el avión y no probar bocado, pues «enchiquerados», más bien que aposentados —y el lector sabrá comprender la exacta terminología que empleamos—, en un reducido hall, sin poder tomar nada, ni aun pagando en dólares, no teníamos ni podíamos adquirir «dinars» por ser turistas en tránsito. Nos hemos olvidado de las formalidades de aduanas y comprobación de pasaportes, que fueron olvidadas para nosotros por la gentileza de Prascovich, que nos recibía en Bulgaria en nombre del Balkan-tourist, la organización similar a

II con vías rectas y espaciosas y edificios elevados. Rigorismo en las formalidades aduaneras y comprobación de pasaportes, que fueron olvidadas para nosotros por la gentileza de Prascovich, que nos recibía en Bulgaria en nombre del Balkan-tourist, la organización similar a



vidado decir que no solamente en esto empezábamos a sentir el Oriente, sino que de volar en un magnifico avión a reacción, cómodo y veloz, a utilizar un modesto bimotor «Douglas C-3», de los que casi no se ven ya por los cielos del mundo, hay un abismo. Habíamos salido a las ocho de la mañana de París y a las siete y media de la tarde tomábamos tierra en el aeropuerto de Sofía, que nos acogió con un tiempo estupendo. Al sobrevolar la capital búlgara pudimos darnos cuenta ya que existen en ella amplias zonas verdes y que su trazado urbano es completamente moderno,

nuestra Dirección General de Turismo. Tomamos un moderno automóvil, casi análogo al modelo de nuestro Seat 1.400, con radio y excelente carrozado. El paso por los bulevares, desde el aeropuerto hasta nuestra residencia —hotel Balkan, en el centro de la ciudad, plaza Lenin, número 1—, nos permitió comprobar la semejanza de los búlgaros con nuestros hombres de las ciudades de España, su tipo metido en carnes, recios y morenos, que nos parecían nuestros paseantes de cualquier capital española. Mucha gente en las calles, buena temperatura, más bien calor, y marchando sin grandes prisas. Sofía tiene tranvías, trolebuses y autobuses, todos ellos de buen aspecto y circulando con regularidad.

El hotel Balkan es, junto con el Gran Hotel Bulgaria, situado éste en el boulevard Rouski, los dos centros cosmopolitas oficiales de apostamiento de viajeros del exterior y del interior de Bulgaria. Ambos, con otro, el Slavianska Bessed, constituyen los únicos que así se pueden llamar que existen en Sofía, pues como señalamos ahora, no existe industria hotelera privada, ni tampoco comercio que no sea estatal, y por ello resulta todo centralizado. El Balkan Hotel, que habíamos elegido desde nuestra solicitud de asistencia al Congreso, es francamente moderno y de categoría internacional. Sus 600 habitaciones, su construcción esmerada y con cierto lujo, su servicio adecuado y todo su régimen de vida, en nada se diferencian de cualquier hotel de nuestra nación, tipo Ritz, Palace, Conde Ansué, etc. Su emplazamiento en el centro de Sofía le proporciona una de sus buenas cualidades. Pero nos falta decir, para ser rabiamente sinceros, como seremos en nuestros artículos, que pronto encontramos algo que no nos satisfizo: el descuido en esos pequeños detalles que señalan la preocupación por el cliente, grifería que funciona con deficiencia y por horas, toallas y sábanas que se cambian poco, servidumbre que no espera propina y es automática en su trabajo.

Nuestro primer viaje en Bulgaria fue buena, elegida entre una abundantisima carta —pronto vimos que el búlgaro como mucho, sobre todo pan, y procura comer bien—. Una sopa, un pescado parecido a nuestro lenguado y una carne asada con guarnición, además de fruta y helado, todo ello regado con: excelente vino embotellado, muy parecido al blanco de Peñafiel, nos puso en contacto y a satisfacción con el sufrido país búlgaro, y digo sufrido por las invasiones que ha aguantado en lo que va de siglo y en los anteriores de su bella historia de la independencia.

Después de cenar, impacientes por ver la población, nos lanzamos a la calle acompañados por un muchacho traductor de francés —Apostolow—, no le había de español al servicio del Balkan-tourist, que será nuestro compañero «sombrero» durante nuestra permanencia de casi quince días en la capital búlgara. Vimos en seguida edificios y calles. Edificios colosales: Almacén central, Casa del Partido, Museo Galería Nacional, cruce Moscova y Kultura, Teatro de la Opera y el magnifico monumento al Ejército soviético, liberador del país. El mausoleo a George Dimitroff, el héroe nacional y primer Presidente de

(Segue en quinta plana.)



Las crisis entre U. S. A. y la U. R. S. S. pueden pasar a mejor vida si el nuevo Instituto de Relaciones Soviético-Americanas desarrolla, punto por punto, la política de comprensión, tolerancia y amistad, para que fué creado. Este instituto del «humor», como se le ha empezado a llamar en Occidente, acaba de empezar a funcionar. Uno de los directores es la esposa del premier Kruschef. La hemos visto fotografiada ante una mesa pronunciando un discurso, y al fondo, un panel decorado con banderas del Tío Sam y de la Hoz y el Martillo. La señora Kruschef habló de las virtudes que unen en amistad a ambos pueblos.

El señor Kruschef se entretenía mientras en hacer explotar otra bomba nuclear. NACIONALIZACIONES Durante el pasado año el Ministerio del Interior ha recibido 6.587 instancias de naturalización de súbditos de otros países.

Los polacos están haciendo grandes negocios en Inglaterra. Muchas tiendas, casas de huéspedes y otros negocios están en manos de esos 150.000 polacos que vinieron cuando su país fué invadido por Rusia. Hasta Piccadilly Circus acaba de ser adquirido (en su tercera parte) por un polaco que llegó a Londres con unas perillas sueltas y hoy es millonario. A otra tanda de 4.115 polacos se les ha entregado carta de naturaleza británica.

También se nacionalizaron 516 alemanes, 236 ciudadanos de Letonia y 215 de Italia. Noventa y tres austriacos se han convertido en británicos. Los españoles son los que más se resisten a perder su nacionalidad. Hay aspiraciones de algunos que aquí trabajan, pero les falta la decisión o las veinticinco libras que son necesarias para la convertibilidad.

El número de rusos nacionalizados aquí durante los últimos dos meses, es de noventa. UNA MULTA A SHAKESPEARE No solamente William Shakespeare tuvo la osadía ayer de excederse en el límite de la velocidad, sino que, además, sobrepasó los setenta kilómetros por hora en Stratford-on-Avon, cuna del Saavedra sajón en donde se levanta el teatro-memorial al ilustre pluma.

William Shakespeare —ni el nombre le salvó— fué multado con ochocientos pesetas por exceso de velocidad, su licencia, además, fué retirada por seis meses.

Shakespeare se disculpó diciendo al juez que su motor había perdido potencia y que solo trabajaba de ganar tiempo en un momento en que la ganaba. En «Oteló» —explicó el juez al sancionarlo— existe una cuestión que dice: «En un «affair» de necesidad, la velocidad es la

respuesta; pero lo que se afirma en «Oteló», en nuestro caso, amigo, no nos sirve». Este William Shakespeare sólo tiene veintidós años.

BROADWAY, INVADIDO Tres de los éxitos teatrales londinenses han sido exportados a Estados Unidos. De hecho, están ya en camino para ser representados en la inmediata «season» del Broadway neoyorquino.

Los tres «hits» son: «El amante complaciente», de Graham Greene; «Un hombre para todas las ocasiones», de Robert Bolt, y «Ross», de Terence Rattigan, quien nos cuenta la historia pintoresca de Lawrence de Arabia.

AHORA, LOS INVALIDOS Para completar el esquema de los que infringen la ley faltaba el cuerpo de mutilados. Entre las quinientas multas que se impusieron ayer en la ciudad de Londres figura una que me ha llamado la atención.

Frederick Mathison, soltero, de 46 años y sin piernas, fué multado con 1.750 pesetas en South Shields, por estar borracho mientras conducía su carrito (a motor) de inválido.

LOS SOLDADOS DE LA REINA Una de las facetas más interesantes de la milicia —y que nosotros vemos ahora desde nuestro refugio de reservistas, con cierto humor— es la de alquilar de soldados.

En Inglaterra hay una lista de espera para la entrega de ciertas cantidades de soldados. Un mes como mínimo, se requiere. Una señorita ha alquilado cien soldados para celebrar un torneo de golf en ayuda de la Sociedad Investigadora del Cáncer. Ese cuadro militar servirá para dar realce a este festival deportivo.

La verdad es que resulta económico y muy lucido animar el torneo con uniformes militares, cuando un soldado cuesta ocho peniques al día (5,50 pesetas) y un oficial 17 pesetas.

Por esta cuenta, una buena invasión con soldados ingleses puede hacerla cualquier país por menos de treinta mil pesetas.

JOSE LUIS F. DEL CAMPO

La foto de hoy



Ofrecemos esta foto como una esperanza... Tiene mucha importancia: unos soldados norteamericanos colaboran afanosamente en la reparación de un tanque alemán. La escena —rigurosamente real— fué captada recientemente en Alemania.

Desde luego —se nos dirá— la cosa es intrascendente. Poco significa que éste o aquel apriete un tornillo. Pero nosotros queremos hacer de esta foto un símbolo, queremos incluir en ella tanques y soldados alemanes, norteamericanos, rusos, ingleses, chinos, franceses... tanques y soldados de todo el mundo en un amplio, hondo, auténtico deseo de fraternal colaboración...

Tanques que, poco a poco, vayan convirtiéndose en tractores. Y soldados mecánicos, de cara a una larga, eterna campaña de paz... Si, ofrecemos esta foto como una esperanza... Acaso se diga... eso: que es intrascendente. Y poca trascendencia tiene, en efecto, que John o James o William tire de alicate... Poca y mucha. Poca y mucha, porque es bonito pensar que puede ser el punto de arranque —pese a todos los negros presagios— de un gran entendimiento, de ese gran entendimiento que no ha de llegar de tratado a tratado, sino de corazón a corazón.

Tanques que, poco a poco, vayan convirtiéndose en tractores, sobre un gran frente en el que el sel ametralle el buen trigo del pan de cada día...

FELIX ANTONIO

Mientras llegan las noticias de Berlín y de las nuevas experiencias atómicas soviéticas, de toda esta agravación de la tensión internacional, estaba leyendo a San Agustín. Agustín, obispo de Bone (Cartago), murió el 28 de agosto del 430, el mismo día en que Generico, jefe de los bárbaros que cercaban la ciudad, lo graba entrar en ella. Amaba como a las niñas de sus ojos la cultura romana y no concebía que pudiera ser sustituida por otra, que pudiera desaparecer. Incluso llegó a creer que cultura romana y cristianismo estaban demasiado unidos para poder sobrevivir el uno a la otra. Pero se equivocó como se equivocó Jerónimo, mientras el abad Salviniño pensaba, con razón, que había que hacer confianza a los bárbaros que destruían a Roma.

Claro que el señor Kruschef es Generico ni Clodoveo y nos ha dado excesivas pruebas de que no se puede confiar en él, mientras el comunismo es la negación pura y simple de todo lo que nosotros creemos y adoramos por más que se haya nutrido de ideas cristianas. Pero se siente compasión por este hombre —el señor Kruschef—, entre loco y optimista, que nos amenaza con los cohetes atómicos y nos asegura que nuestros nietos serán comunistas. No sé lo que serán nuestros nietos, pero sí sé que esta lámpara que brilla ante el sagrario y un grupo de hombres que sigan a Cristo existirán siempre. Podrá el señor Kruschef destruir nuestras catedrales, el arte lo perderá, la fe no perderá nada; en cualquier casucha a la hora de nacer o morir un hombre, en cada minuto de su vida el nombre de Jesús será invocado y la gracia habitará en él, las plegarias se rezarán cada noche en voz baja y quien sabe si la nave espacial que vaya a Marte o a Venus será bendecida por un obispo.

Por lo demás el cristiano no va a perder nada con que desaparezca esta «civilización del neón», como François Mauriac ha llamado a nuestra civilización occidental. Por una misteriosa paradoja en la Rusia soviética, en que se ha suprimido a Dios por decreto, hay un cierto tono de vida sencillo, austero, pobre y puro, y en el Occidente, que deja predicar el Evangelio con libertad, la sociedad y la cultura se vuelven cada día un poco más paganas y laicas; el dinero y el placer son su medida. Si el señor Kruschef nos envía sus cohetes, que sepa que los envía contra esta bonita porcelana que es la civilización occidental, pero que nada podrá contra la Cruz, porque la Cruz es como un manantial callado que ya está empujando su propio sistema comunista.

Los miembros más avisados del partido no se explican la práctica religiosa ni las creencias cristianas de las nuevas generaciones rusas, educadas en el marxismo-leninismo, ignoraban que el manantial estuviese debajo de los planes quinquenales, las purgas, la dialéctica marxista, los tractores, los tanques, los spoutniks, el «Dios ha muerto» triunfante.

Pero el manantial de la gracia no puede cegarse. Las promociones más selectas de las Universidades del ateísmo científico, que vayan a la Luna o descubran vida en otro planeta, se encontrarán con que el manantial brota allí también. Debemos rezar por el señor Kruschef, borracho de triunfo porque sus hombres han ido a la atmósfera y han vuelto, borracho de rabia porque su pueblo cree en el Buen Dios o porque el pueblo de Berlín desprecia su paraíso y se le escapa como por las bardas de un patio de colegio. Debemos rezar por Occidente, que está blasfemando el cristianismo y rindiendo culto a los viejos dioses paganos de la carne y la sangre, la riqueza y el éxito. Atravesamos una época infinitamente más dramática que la que vivió San Agustín, pero no tenemos nada de los bárbaros. Sabemos que todas las civilizaciones podrán ser penetradas por la gracia, que el mundo entero nos pertenece.

Dentro de cincuenta, cien, quinientos o mil años un colega del comandante Tito, que viaje comodamente por el espacio interestelar, abrirá la Biblia y leerá estas palabras de Pablo a los Corintios: «Todo es nuestro, la vida, la muerte, el cielo, la tierra, el universo, Pablo, Apolo, no importa quién, todo es nuestro, pero vosotros de Cristo».